

Roberto Domínguez Moro

El confinado

Un *thriller* que
supera la ficción



MAEVA | NOIR

www.maeva.es
maevaebooks

© ROBERTO DOMÍNGUEZ MORO, 2020

© MAEVA EDICIONES, 2020

Benito Castro, 6

28028 MADRID

www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-18184-06-2 (ebook)

Imagen y diseño de la cubierta: SYLVIA SANS

Para Laura, que ordena los días y desbarata las noches.

1

Miércoles, 11 de marzo

EL TIEMPO ES fantástico desde hace una semana. Ha salido el sol con ganas por primera vez en tres o cuatro meses, no hay una sola nube que ensucie el cielo, e incluso la contaminación parece haber dado una tregua y no queda ni rastro de la boina que nos suele cubrir la cabeza cada año hasta bien entrada la primavera. Hasta ayer mismo, buena parte de Madrid se dejaba el sueldo en las terrazas. Manga corta, gafas de sol, bullicio en cualquier rincón del centro y grupos de turistas con la cara roja disfrutando de lo que les habían prometido que era España.

Hoy las cosas han cambiado. Han cerrado los colegios, las universidades, los teatros y los polideportivos. Si hacemos caso a las noticias, media región se prepara para el pánico. Los telediarios escupen escenas de desabastecimiento en los supermercados, vuela de los estantes el papel higiénico como si la epidemia fuera de diarrea y quien más quien menos hace las maletas para irse a un lugar menos concurrido, a la costa o al pueblo.

Después de China y de Corea del Sur, han cerrado Milán y media Italia. Ya llevan unos días circulando esos vídeos de la plaza del Duomo completamente vacía y de la policía patrullando las calles en silencio y avisando por megafonía a la

población que permanezcan en sus casas. Como en una película. En una película de catástrofe, claro, tipo *Soy Leyenda*. A pesar de ello, a pesar de haber visto el ejemplo chino y el italiano, no pensábamos que algo parecido fuera a pasarnos a nosotros, hasta que han empezado a subir las cifras de contagio de una manera desmesurada a la vuelta del último fin de semana. Lo que eran decenas se han convertido en centenares, y los centenares en miles. Igual que la cifra de muertos, que ha dejado de gotear para convertirse en un puñetero grifo abierto que amenaza con inundar el lavabo.

Y por lavabo quiero decir el sistema sanitario entero.

Por ahora, al menos en el barrio, no reinan el caos y el pillaje. Se nota, si acaso, algo de miedo y desconcierto. Queda bastante gente por la calle, aunque los que todavía pasean tratan de no circular muy pegados los unos a los otros, se cambian de acera, dan un respingo si a alguien se le ocurre hacer algo parecido a toser o a sonarse los mocos. En el súper, algunas escenas inéditas. Todo el mundo lleva los guantes de plástico para coger la fruta, no lo había visto nunca. Y ya que están, se los dejan puestos hasta que llegan a la caja, incluso después, como si ese trozo de plástico que ha manoseado las manzanas que han tocado otras diez personas los fuera a proteger.

Un niño con mechones rubios y la cara llena de granos parece que tiene ganas de bromear con el asunto. Deambula por la zona de la fruta toqueteando, mira a su alrededor para ver si alguien le dedica su cuota de atención y le pone mala cara. Me da la impresión de que, como se haga el gracioso y finja un estornudo junto a los calabacines, el guardia de seguridad lo va a echar de una patada en el culo y va a avisar a la policía. El pobre ya tiene bastante con estar atento a que en este barullo no le desaparezcan las cervezas ni los desodorantes.

Porque el local está lleno. Los chinos llevan dos días cerrados y nadie sabe dónde se habrán metido, como tampoco se sabe dónde viven habitualmente. Creo que la mayoría pensábamos que dormían en sus bazares y en sus tiendas de alimentación, y ahora que han desaparecido nos damos cuenta de que tienen vida y conciencia más allá de sus comercios. Y de que quizá hayan sido los más listos.

Compro lo básico: leche, huevos, carne, pasta, cosas congeladas. No creo que haga ningún alarde culinario estos días, y todavía está por ver cuándo va a regresar Ana. También productos de limpieza como para dejar impoluto el Santiago Bernabéu si hiciera falta. Paso por la caja automática con mucho cuidado, sin establecer otro contacto que no sea la máquina y la tarjeta *contactless*.

Subo por la calle Atocha soportando las miradas interesadas de los pocos taxistas que bajan despacio hasta la estación, sin más trabajo que acarrear turistas a sus vuelos de vuelta. Quien puede ir andando a los sitios lo hace, no sea que el anterior que ha cogido el taxi o el metro les vaya a pegar algo. Justo cuando estoy atravesando el portal, me llama mi hermana:

—¿Qué haces?

—Estaba volviendo de la compra.

—¿A estas horas? —Son las cuatro y media de la tarde.

—Nos han dado la tarde libre, qué quieres que haga.

—Mentira. Tú con lo cagado que eres seguro que has vuelto antes del trabajo por si se acababa el papel higiénico.

—Tiene razón a medias. En cuanto hemos abierto el parte de teletrabajo, me he esfumado como si me quemara la silla de la oficina. Solo se equivoca en lo del papel: como ya había comprado durante el fin de semana, tengo de sobra en casa.

Noto una mano en la espalda que me aparta para pasar.

Una pareja mayor con pinta de suecos, noruegos o algo similar, me esquivan a mí y a las dos bolsas de tela que he dejado en el suelo para llegar hasta el ascensor mientras contestaba la llamada:

—El papel higiénico no, pero algunas cosas habían volado.

—¿Como qué?

—No quedaban yogures. Bueno, al menos de los baratos. He tenido que comprarlos de marca. —Llega el ascensor y la señora me hace un gesto con la puerta abierta para que pase. Le digo que no con la cabeza. Antes de cerrar la puerta, veo como el hombre tose sin ningún disimulo. Genial. Lo que faltaba. Qué mal rollo—. Oye, tengo la compra en el suelo del portal. ¿Te importa si te llamo en diez minutos, que me dé tiempo a subir a casa?

—Claro, no recordaba que no podías hacer dos cosas a la vez. En fin, esperaré. No creo que el mundo se acabe mientras tanto. ¿O sí?

—Yo también te quiero.

SUBO ANDANDO. ES una cosa que me he propuesto cien veces, pero nunca hago. Sin embargo, algo se ha removido en mi interior al pensar por un momento que el ascensor podía haber quedado contaminado por la tos de ese tío. Al llegar a mi piso, jadeando como si hubiera corrido una maratón, me doy de bruces con mi vecina. Literalmente. Chocamos cuerpo con cuerpo, más contacto imposible. Primero el anciano de la tos y ahora esto. Justo lo que necesitan mis nervios ahora que el virus comienza a estar presente en todas partes.

Recupero el resuello. Nos quedamos parados un instante, ella abre la puerta del ascensor y su chuchito me olisquea mientras me contorsiono para poner entre los tres algo de distan-

cia.

—¡Hola!

—Hola, qué tal —digo, intentando que no se me note la cara de disgusto. Parece que se dispone a sacar al perro, uno con pinta de callejero al que normalmente Ana y yo oímos huir en estampida cada vez que abre la puerta, que está junto a la nuestra.

—¿De la compra?

—Sí, cuatro cosas que me hacían falta. Estos días no creo que salga demasiado.

—Yo tengo que darle una vuelta a este. Si no, se vuelve loco.

—Ya, me lo imagino. Me volvería loco yo y se supone que soy un ser más evolucionado... —Se ríe de mi comentario estúpido—. Bueno, voy a ponerme en cuarentena.

—¿¿¿Estás infectado???

—No, no. Quería decir confinamiento voluntario o como quieras llamarlo. Para no extender el virus, ya sabes.

—Aaah. Vale, no te preocupes. Yo por ahora no me lo tomo demasiado en serio. Pero vamos, si lo vas a cumplir a rajatabla y te hace falta alguna cosa, me dices. Me llamo Julia, por cierto. —Me tiende la mano, pero la retira al momento en vista de que no tengo ninguna intención de darle la mía.

—Eeh. Juan, yo soy Juan. Encantado.

Vuelve a sonar el teléfono. «Pilar hermana». Algún día tengo que guardarlo solo como «Pilar», no conozco a otra con la que confundirla. Miro la pantalla, hago ademán de guardarlo en el bolsillo, pero Julia (un año y medio viviendo puerta con puerta y nos presentamos ahora) entra en el ascensor y se despide con un gesto de la cabeza.

—¿Has llegado ya?

—Estoy entrando. He subido por las escaleras. Me han

quitado el ascensor unos turistas.

—¿Y adónde iban?

—Pues ahora que lo dices, a mi planta, porque es donde estaba el ascensor cuando he llegado. Estarán en el Airbnb de al lado.

—Vaya días para hacer turismo en Madrid. Pobres...

—Te llamo ahora, que voy a sacar la compra.

NUESTRO PISO Y el de Julia, en la tercera planta, exteriores los dos, son de los pocos que tienen inquilinos fijos. Un *youth hostel* ocupa la primera planta al completo, en el segundo hay una casa antigua, enorme, que lleva un tiempo cerrada y en la que han ido acumulando material de obra durante el invierno. Seguramente la reformarán dentro de poco y la dividirán para hacer apartamentos minúsculos. De ahí para arriba, todo son pisos que pasan la mitad del tiempo vacíos, alquileres vacacionales o buhardillas con el techo a un metro diez en su parte más baja. Por un precio salvaje, Ana y yo habíamos sido afortunados (yo, en este caso) por tener línea de metro directa al trabajo, un balcón de dos metros cuadrados sobre una callejuela sin vida frente a un edificio en obras y la estación suficientemente cerca para que Ana caminase hasta allí cuando tenía que desplazarse. Una media de dos veces al mes. Bilbao, Valencia, Barcelona. Reuniones de trabajo, presentaciones.

«El marketing farmacéutico es lo que tiene» me ha dicho un montón de veces. Me la imagino ahí mismo recordándomelo maleta en mano mientras juego al Tetris con la gran cantidad de cosas que he traído y el poco espacio de la nevera. Medio mundo está pensando en cómo salvar su vida si esto se pone difícil de verdad, y ella y sus jefes se estarán

planteando de qué manera, y por cuánto dinero, van a vender la vacuna cuando llegue. Porque de eso va realmente el congreso de Barcelona en el que está ahora mismo. *Perspectivas del comercio de fármacos en escenarios de contracción global. Una aproximación desde la práctica*, se puede leer perfectamente en la primera foto que ha puesto en Instagram desde allí, en la que posa junto a su acreditación.

Cómo seguir vendiendo droga mientras se acaba el mundo.

ME LAVO LAS manos. Canto el cumpleaños feliz dos veces, como dicen los ingleses que hay que hacer para calcular el tiempo necesario para que queden bien limpias. Bueno, lo canto tres, más bien, casi cuatro en lo que me las aclaro. Cojo un par de guantes desechables y desinfecto el móvil con una toallita impregnada en alcohol, por si acaso, antes de acercármelo a la oreja.

Al final, Pilar solo llama para ver qué tal sigo. Nada importante. Mamá, ella, mis tías, todas se han asustado al ver en las noticias que vamos (lo dice en segunda persona del plural) a cerrar los colegios. Madrid, esa ciudad en la que el peligro acecha en cada esquina. No se atreven a venir a verme ni una vez al año y cualquier cosa que ocurre aquí les parece un invento de extraterrestres, yo entre ellos. Preguntan cómo se nos ocurre prohibir que los coches circulen por el centro, me acusan de que nos cargáramos a los reyes de la cabalgata y se asombran incluso de que seamos capaces de viajar tanto rato bajo tierra, con la claustrofobia que da eso. A mí, que llevo años sin conducir y no he visto una cabalgata desde que me hice mayor de edad, el hecho de que a partir de ahora los niños no vayan a madrugar para ir a clase me trae sin cuidado.

Es lo que menos me preocupa de este asunto.

—Me da igual y estoy bien.

—¿Y esa compra tan intempestiva? —También tenía la maldita manía de utilizar palabras fuera de contexto para hacerse la culta—. No pensarás que se va a acabar el mundo en dos semanas y que solo puedes sobrevivir metiéndote en un búnker.

—Me tiene con la mosca tras la oreja el maldito virus. Si fuera solo un catarro fuerte, una gripe, no se estaría liando tan gorda en Italia y aquí no habría gente de los nervios con unos cuantos casos.

—Ya sabes que los hay que ven fantasmas en cualquier sitio.

—Bueno, más vale prevenir. Yo que tú iría haciendo acopio de algunas cosas y protegiéndome. Guantes, mascarillas... Me parece que no tenemos ni idea de lo que se nos viene encima.

—¡Guantes y mascarillas! Majo, vaya paranoia. ¡Ni que estuviéramos en China!

2

PORQUE HAN SIDO los chinos los que han liado esto. O al menos el planeta les echa la culpa a ellos. Neumonía de Wuhan, coronavirus, SARS-CoV-2, COVID-19 o como quieran llamarlo. Un virus para el que todavía no hay vacuna conocida, que se contagia más que la gripe, del que se sospecha que puede sobrevivir bastantes horas fuera de los cuerpos y que también mata a más gente. Un bicho malo, peor que sus hermanos mayores, el SARS, la gripe A, aunque los síntomas son parecidos. Tos seca, fiebre, insuficiencia respiratoria que puede derivar en neumonía, complicaciones... y que te vayas al otro barrio. Sí, están los mantras de que muere un porcentaje pequeño de la población, de que son los ancianos y aquellos con patologías previas los principales amenazados, que los jóvenes no tienen síntomas o como mucho pasan una gripe fuerte, sin más, y a los quince días están como nuevos. Pero también el hecho de que, como no sabemos cómo se comporta, tampoco tenemos claro cómo evolucionará. Vete tú a saber si dentro de dos meses vuelve a atacar a aquellos que pensábamos que estaban curados y los termina rematando.

Este año ponía fin a una década. Habíamos dejado atrás los peores años y el ambiente general era de optimismo. Nos adentrábamos en una cifra mágica, 2020, era muy agradable

rescatar la expresión «los felices años veinte» y pensar que nos esperaban versiones modernas del charleston y *Metrópolis*. Con la economía todavía funcionando a pleno rendimiento, pocos se fijaron en que el 31 de diciembre la Organización Mundial de la Salud cerraba su año con la primera advertencia sobre el coronavirus, y a principios de enero el brote ya parecía sacado de una película de terror y espías. Un mercado de comida inmundos (*wet markets* los llaman, «mercados mojados») en el que de alguna manera la afección de un murciélago lograba pasar a un humano, un contagio masivo en el primer hospital en el que se había detectado, doctores chinos que daban la voz de alarma y a las pocas semanas aparecían muertos... Campo abonado para las teorías de la conspiración.

Estados Unidos podría haber introducido el virus en China como arma de una batalla comercial y tecnológica por la supremacía planetaria. Los propios chinos podrían haberlo desarrollado en un laboratorio muy cerca de Wuhan y que se les hubiera ido de las manos, o la industria farmacéutica podría estar detrás, en un intento por reactivar su producción antes de una posible crisis mundial el año que viene.

Sea cual sea el origen, el hecho es que cincuenta millones de personas en China quedaron confinadas en febrero dentro de sus hogares en una cuarentena marcial. Una medida radical de la que se hacían bromas en Occidente y que de todos modos no sirvió para contener la enfermedad y evitar que se extendiera. Igual que un globo que se pincha, aunque sea con una aguja microscópica, y termina con el tiempo dejando escapar todo el aire. Primero a Corea del Sur, a Japón, a Irán, después a Europa comenzando por Italia y de ahí al mundo entero.

En España las primeras noticias fueron las de un turista

alemán en La Gomera, a finales de enero. Creo que el noventa y nueve por ciento de los españoles no ha ido jamás a La Gomera. Un porcentaje parecido sería incapaz de señalar correctamente la isla en un mapa de las islas Canarias. Los medios captaron algunas imágenes y nos reímos entonces del pobre alemán, que veía como se esfumaban sus vacaciones de sol y playa desde el balcón de un hospital. También lo vimos trastear con el móvil, fumar y estirarse tan tranquilo. El 14 de febrero, con mucho amor, recibió el alta y también se la dieron al segundo paciente registrado, en Palma de Mallorca. No parecía gran cosa el virus este.

Un mes después han muerto medio centenar de personas y el número de contagiados se duplica cada dos días aproximadamente.

Llegados a este punto, ya no es suficiente con hacer un ejercicio de fe y pensar que vamos a coger el último catarro del invierno y que para el año que viene seguramente tendremos una vacuna que nos haga pensar en esto como en un mal sueño, producto de nuestra imaginación calenturienta.

Hace falta dudar de todo y de todos.